

SAN JERÓNIMO

2º

Cierta tarde Jerónimo y los monjes se encontraban en el jardín del convento, cuando entró un león por el portón. Los monjes, asustados, se escondieron en el edificio para salvar sus vidas.

Solamente Jerónimo se acercó tranquilamente al león. Este cojeaba, pues le dolía una pata, que estaba hinchada. San Jerónimo la examinó, y al ver que se había clavado una astilla se la extrajo y lavó y vendó la herida. Luego el santo llevó al animal a su celda hasta que se curó, pero después de un tiempo el león ya no quiso irse; seguía al santo como un perro y era pacífico con todos.

Entonces, San Jerónimo exclamó:

-“Dejémoslo aquí: Dios lo envió para nuestra ayuda; procurémosle trabajo”.

-“Queremos que cuide los asnos mientras pastan”, dijeron los monjes.

Y así el león acompañaba a los asnos a los prados, y cuando él estaba hambriento los conducía de vuelta al convento, donde le esperaba su comida, y a los asnos el trabajo.

Un día el león quedó dormido mientras estaba cuidando su borrico; y sucedió que unos comerciantes que pasaron por el lugar se llevaron al borrico. Cuando el león despertó, ya no estaba: lo buscó rugiendo furiosamente, pero no lo pudo encontrar. Se acercó con tristeza al portón del convento, sin animarse a entrar.

-“¿Dónde estaba el borrico? ¡Lo había devorado!”.

-“Hoy no tendrás comida: corre y busca lo que quede de él”.

No pudieron encontrar ni al borrico, ni sus restos.

Cuando se lo contaron, San Jerónimo ordenó:

-“Dad al león el trabajo del asno. Hacedle cargar leña”.

El león hizo pacientemente este trabajo, cargando toda la leña que los monjes le daban.

Un día el león fue a recorrer el campo y vio llegar una caravana que traía un burro, que en seguida reconoció como el que se había perdido. Entonces recibió a los comerciantes con tan feroces rugidos, que ellos huyeron asustados, abandonando sus camellos con toda la carga; el león los condujo al convento, donde los monjes les recibieron sorprendidos. El león

llegó saltando, se postró a los pies de los monjes, corrió hacia el burro, volvió, agitó alegremente su cola hasta que los monjes reconocieron al asno como al que se había perdido y le comunicaron la novedad a San Jerónimo.

El Santo dijo:

-“Queridos hermanos, id rápido a preparar una buena cena para nuestros invitados; y en cuanto lleguen, lavadles sus pies y preparaos para darles albergue”.

Los monjes no podían comprender sus palabras, pensando que debían atender a los camellos. Pero después de un rato llegaron los comerciantes, que habían observado de lejos lo ocurrido. Pidieron ver al prior, se postraron a sus pies y le hablaron así:

-“Nosotros hemos robado vuestro borrico; castigadnos como queráis. Quedad con la mitad del aceite que llevan los camellos”.

Jerónimo les contestó:

-“Levantaos, no robéis más; quedaos con vuestro aceite y sed nuestros huéspedes”.

Los peregrinos no cesaron de rogar hasta que el prior permitió a sus monjes aceptar la ofrenda, y los comerciantes hicieron la promesa de enviar año tras año el aceite que el convento necesitaba para sus lámparas.

Aportación Escuela Waldorf Lima